

1.º de Septiembre 1917

Año VII.—Núm. 153.

Tiradas de Pichón en Albacete

Con motivo de las fiestas que han de celebrarse en Albacete en los días 7 al 15 del actual, el Club Cinegético Albacetense, ha organizado unas tiradas de pichón que pueden considerarse como modelo entre las de su clase, por lo acertado y justo del reglamento que ha confeccionado para las mismas, y del cual ha tenido la amabilidad de enviarnos un ejemplar.

Muy loable es, que las Sociedades de Cazadores, fomenten las tiradas de pichón, y por ende enviamos nuestra cariñosa enhorabuena, á la Cinegética Albacetense, deseando que su ejemplo cunda entre sus compañeras de otras provincias.

ORDEN DE LAS TIRADAS

Día 8 de Septiembre

A las 2 y media de la tarde

1.º—Tirada de prueba

Pichones, 1.
Entrada, 5 pesetas.
Handicap.

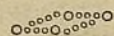
A las 3 y cuarto de la tarde

2.º—Campeonato del Club Cinegético

Pichones, 1
Entrada, 10 pesetas.
Distancia, 25 metros.

El vencedor ganará una copa de plata, el 90 por 100 de las entradas y un diploma.

En esta tirada solo podrán tomar parte los socios del Club Cinegético Albacetense.



Día 13 de Septiembre

A las 2 y media de la tarde

1.º—Tirada de prueba

Pichones, 1.
Entrada, 5 pesetas.
Handicap.

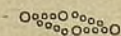
2.º—Premio del Excmo. Ayuntamiento de Albacete

Pichones, 8.
Entrada, 25 pesetas.
Handicap.

Dos ceros excluyen, con derecho á igualar.

El 1.º ganará la copa del Ayuntamiento, 500 pesetas y el 50 por 100 de las entradas.

El 2.º ganará 250 pesetas y el 30 por 100 de las entradas.



Día 14 de Septiembre

A las 2 y media de la tarde

1.º—Tirada de prueba

Pichones, 1.

Entrada, 5 pesetas.

Handicap.

A las tres y media de la tarde.

2.º—Copa de D. José Larios

Pichones, 8.

Entrada, 10 pesetas.

Distancia, 27 metros.

Un cero excluye con derecho a igualar.

El premio 1.º ganará la copa, 250 pesetas y el 50 por 100 de las entradas.

El 2.º ganará el 40 por 100 de las entradas.

Esta copa solo podrán disputarla los socios del Club Cinegético Albacetense.

**Día 15 de Septiembre**

A las 2 y media de la tarde

1.º—Copa Buendía

Pichones, 8.

Entrada, 5 pesetas.

Handicap.

Dos ceros excluyen, con derecho a igualar.

El primer premio ganará la copa, 100 pesetas y el 50 por 100 de las entradas.

El segundo, el 30 por 100 de las entradas.

A las 3 y media de la tarde

2.º—Copa de los solteros y premio de señoritas

Pichones, 1.

Entrada, 5 pesetas.

Distancia, 25 metros.

El ganador de la copa percibirá además del 70 por 100 de las entradas, un objeto de arte que será regalado en el acto de la tirada a la señorita de su elección.

En esta tirada solo podrán tomar parte los señores solteros, fundadores de la copa.

Copa del Presidente

Don Gabino Lorenzo

A BRAZO CON UN SOLO CAÑÓN

Pichones, 1.

Entrada, 5 pesetas.

El ganador de este premio, percibirá la copa, 250 pesetas y el 80 por 100 de las entradas.

El premio de la copa quedará desierto si el tirador que no hubiese errado ningún pichón no acertase un doblete, matando dos pichones soltados a la vez con los dos tiros de la escopeta. En dicho caso solo percibirá el premio en metálico.

Todos los días de tirada que la hora lo permita, se tirará en último lugar un premio de Señoritas a un pichón, con cinco pesetas de entrada y a 25 metros de distancia.

El primer premio ganará un objeto de arte y el 60 por 100 de las entradas.

El segundo ganará otro objeto de arte y el 30 por 100 de las entradas.

Los ganadores de los premios regalarán los objetos en el acto de la tirada a la señora o señorita de su elección presente en el local del tiro.



Recuerdos de montería


JABALÍES VALIENTES Y HERIDOS

Hay muchos que creen que los aficionados a montería somos cazadores de leones. o para mejor decir, somos hombres tan bizarros, tan valientes, o tan locos, que por placer, por gusto, exponemos constantemente la vida. Otros opinan que la caza de montería ofrece los mismos peligros que la de colorines con liga. Apartando o exceptuando las exposiciones que puedan ocasionar los tiros, los malos caminos, las constantes mojaduras que facilitan pulmonías y reumas, el frío, el calor y el mal albergue, es lo cierto, que hay peligro para quien lo busca, y no hay ninguno para quien huye de él, y esto dicho en cuanto a los colmillos de los jabalíes. El cazador que ocupa su puesto y que no se mueve, seguro puede estar de que el jabalí no lo busca. En cambio, el hombre aficionado a perros que siente a éstos pelear, ser heridos y morir en el agarre de un cochino y que abandona su puesto y busca decidido la pelea, yo le aseguro que, si no es práctico y entra con todas las reglas, bien pronto revolverá el vestido, siendo herido o quizás muerto por la res a menos que la Providencia lo proteja, como sucedió no hace mucho tiempo en las Sepulturas a mi sobrino D. Pascual Jiménez Prieto, que, sin tener todavía la necesaria maestría, entró a rematar un cochino que *pegaba*, exponiendo su físico a un serio fracaso. Casos se dan y se han dado muchos. Un podenquero de los Sres. Barrionuevo de Córdoba fué muerto, hace pocos años, por un jabalí. Eufasio Rodríguez (a) Manolo, podenquero de D. Antonio Trigueros fué también herido en el Barranco de D.^a Rosa, monteando con los Sres. Miñón. En el Cerro de los Rayos sufrió Manuel Bueno, podenquero de D. José Gargoyo dos buenas puñaladas; por cierto que el jabalí se fué, después de pasarle muy cerca a un aficionado de Andújar, que cono-

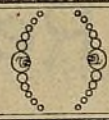
co y no cito, y tan impresionado estaba, que ni siquiera le tiró. D. Bartolomé Ruiz Caño, notable cazador y tirador de Arjona, también fué volteado por otro en las Solanas del Esparragal. Al hablar de mi maestro D. Diego Manuel de Alférez, dije también lo que le sucedió en un caso análogo. Otra vez, monteando en el Ojuelo, encontramos un valiente que revolcó sin herirlos a Paula Sánchez y al célebre Marcos el de Puerto; ese jabalí lo rematé yo después de larguísima pelea. Monteando en los Llanillos de Panza, tierra hoy de mi amigo D. José Contreras, fué herido con dos buenas puñaladas un podenquero de Baños llamado Marcelo. En otra ocasión, monteando en Mosquililla tierra de mi amigo D. Fernando Morales, también fué herido con otras dos puñaladas Antoñuelo el podenquero de mi compadre Suárez.

Casi todos estos casos los he presenciado, y vivos están los que fueron heridos. No hay duda por lo tanto; el que busca el peligro seguramente lo tendrá. Yo muchas veces lo he buscado y lo he encontrado; pero siempre he sido victorioso, porque entré en contra de aire, en silencio y con todas las reglas del arte. Desde luego digo y aseguro que el lance más grande y hermoso de la montería es el agarre de un jabalí, pero que a él no deben ir los que no tengan precauciones y maestría suficiente para saber lo que deben hacer. Como estos lances se dan siempre en zarzales, precipicios y terrenos muy accidentados, no deben provocarlos los hombre viejos y torpes; pero juzgo que son obligados en los ágiles y jóvenes, si quieren aspirar al título de verdadero montero. Es un dolor no defender a los pobres perros, elemento principal de la montería.

DIEGO MUÑOZ COBO AYALA.



PÁGINAS LITERARIAS



CUENTO

La Hoya del Diablo

Armado de escopeta, un hombre de rústicas trazas marchaba a campo traviesa dirigiéndose al camino.

El muchacho que guiaba informó a Felipe Morales de que aquel sujeto era un corsario muy conocido en el contorno.

Cuando llegaron al punto donde el cazador furtivo aguardaba, éste, llevándose la mano al ancho sombrero que cubría su curtido rostro, saludó brevemente y pidió a Felipe un cigarro. Felipe le dió su petaca y le invitó a subirse al pescante. El invitado vaciló unos momentos. Ante la insistencia afectuosa de Morales, aceptó.

El coche avanzó lentamente. Las rodadas de los carros señalaban profundos surcos en la tierra húmeda y poco firme por las últimas lluvias.

A uno y a otro lado, la primavera teñía de un verde intenso la vasta llanura.

Los gamonitos asomaban sus floridos tallos entre la exuberancia de las matas.

Las anchas hojas de las ceborranchas brillaban con reflejos purísimos de esmeralda. Florecillas de múltiples colores se esparcían en el césped: los azules lirios, los botones de oro, las humildes margaritas, el jaramago, el silvestre heliotropo, salpicaban los campos con su policromía. Bandadas de pajarillos alegraban el ambiente. Algunas retamas de amarillas flores denunciaban la proximidad del río. En el remoto horizonte las cordilleras limitaban el cielo, envueltas en tules vaporosos de ópalo.

Felipe respiraba con ansia aquel sol de Abril, que, pletórico de oxígeno, de aromas y de colores, hacía despertar a la Naturaleza

de un invernal letargo. A ratos conversaba con su nuevo compañero de viaje, en tanto el zagalón que empuñaba las riendas, animaba a las mulas con juramentos repartidos equitativamente por sus nombres propios y restallando el látigo de manera sucesiva y continua en las orejas de cada una.

Poco antes de dar vista al río, el camino se dividió en dos. Felipe, que todo lo curioseaba, preguntó a dónde conducía el que dejaban a la derecha.

—Ese, señor—contestó el corsario—iba antes a la barca, cuando estaba por donde cae la Hoya del Diablo.

Morales, para quien este nombre tenía atractivos de leyenda, siguió preguntando.

El cochero, queriendo lucir sus conocimientos, tomó la palabra.

—Pues esa hoya—dijo—es un pozo muy jondísimo que ha hecho el agua del río, y le llaman así porque dicen que el diablo ajogó en ella a un moro muy grande y muy renegrío que vivía en ese castillo de que endinamente hablamos y del que sólo quedan los paredones... Vaya usted a saber y cuándo sería; pero lo que es mucha verdad, es que todavía se ven en la joya unos diablillos coloraos que brincan por entre las matas y se meten en el agua...

Ahora va para tres años que mi tía Quica los vió una tarde que se le hizo de noche haciendo una carga de palos; y a uno le tocó en la cuerna, y del susto que le vino entonces no se le han ido las tercianas que la dieron.

El corsario interrumpió con sonrisa excéntrica y aires de suficiencia.

—Esas son fantasías de la gente, y más interesará al señor, que por lo visto no es de estas tierras, el suceso de don Manuel el herrador, que todas las visiones que pueda contar tu tía Quica, que tiene muchas legañas en los ojos y que está más loca que una cabra.

El cochero protestó vivamente, y ambos se encerraron en una disputa a la que pronto dejó de prestar su atención Morales.

Habían llegado al borde mismo del alto desmonte que servía de dique al río. Abajo, a más de treinta metros de desnivel, las azules aguas se deslizaban serenamente entre junqueras y plantas acuáticas, cuyas innumerables flores esmaltaban de blanco las orillas. En la opuesta ribera una manada de vacas pastaba pacífica en los prados de la dehesa. El río se perdía a lo lejos como una serpiente...

—Manuel el herrador—dijo por fin el corsario—era un mozo muy bien plantado que vino al pueblo años atrás sin más bienes que las herramientas de su oficio, en el que maldito lo que le gustaba trabajar. Pero si lo único que le venía bien era pasarse la vida en el café y en la taberna, supo en cambio enamorar a la muchacha más hermosa y más rica de muchos pueblos a la redonda, que sin hacer caso ninguno a los que bien la querían, se emperrió en casarse con aquel hombre tan guapo y de tanto salero... Y así salió ello; ni un sólo día pudieron vivir en paz; porque el herrador, que enseguida empezó a derrochar dinero y fausto, aunque hacía que le llamasen don Manuel, era el tío de peores entrañas que ha nacido. La pobre mujer salió a paliza diaria, y entre las mil judiadas que la hizo, llegó hasta ponerle una jáquima en la cabeza y a atarla al pesebre como si fuese una mala bestia...

El camino continuaba pendiente y pedregoso hacia la barca. El corsario siguió:

—Pero como todo se paga en este mundo, por dónde ocurrió que a don Manuel, que tenía más de quince caballos a cual mejores, se le antojó comprar una potra negra, flacucha y esmirriá, que trajeron unos gitanos y

que era tan rematada de mala que parecía tener los demonios en el cuerpo.

—Ya ve usted cómo sería—interrumpió con vengativa intención el sobrino de la tía Quica—que nunca quería marchar más que por los barbechos y que en cuanto que veía a la guardia civil se encabritaba y salía de estampía.

Despreciando la indirecta, el corsario continuó:

—Pues con semejante animalito, a quien nadie se atrevía a echar los calzones encima, y con tres galgos negros también y ligeros como corzos, era con los que le gustaba a don Manuel salir a cazar en tiempo de veda, y lo hacía sólo por quitar el pan a los pobres y para desesperar a los guardas mayores, que le seguían a galope, sin alcanzarle nunca... Un día creyeron atraparlo, porque le acorralaron contra el corsario; pero cuando ya iban a cogerle y él que era muy soberbio, estaba maldiciendo y soltando juramentos, la potra dió un relincho, como de alegría, y pegando un bote, se echó al agua con los galgos detrás, saliendo todos nadando a la otra orilla. Y desde entonces, don Manuel repitió todos los días esta hazaña; y cuando salía del río insultaba a los guardas, que le miraban rabiosos desde arriba, y se reía de ellos y les hacía cosas feas con la mano...

Los viajeros llegaron a la barca. En el amplio lanchón entraron personas, coche y animales. El barquero empuñó la maroma, y la lejana orilla, lentamente, insensiblemente, empezó a acercarse.

El cazador, apoyado en el cañón de la escopeta, concluyó su relato:

—Una tarde, ya se habían hecho los cinco años, don Manuel hizo la suerte por última vez. Le venían corriendo tres guardas, y la potra con intención dañina, le trajo para esa parte; cuando llegó junto a aquel picacho que se ve, donde hay unas matas, les aguardó para que le oyeran mil barbaridades, que les dijo; después se tiró al agua, con los galgos detrás... y esta es la hora en que no han vuelto a salir de la Hoya del Diablo ni don Manuel, ni su potra, ni los galgos.

Felipe Morales quedó un momento miran-

do a lo lejos hacia el lugar del suceso. Después, con sonrisa incrédula, preguntó:

—¿Pero ni un galgo muerto se encontró en el río?

El barquero, ante el digno mutismo del corsario, contestó:

—Ni uno solo se encontró. Puede usted creer a ciegas lo que el Señor Antonio dice; su palabra es honrada como la de un rey.

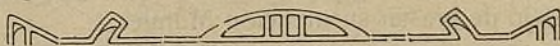
La barca continuaba su silenciosa marcha. Ya, entre los claros de las algas, se veían los blancos rollos que cubrían el cauce. Los pecillos surcaban ligeros.

En la opuesta orilla, cuatro burros cargados de carbón aguardaban con estoica indiferencia a que les fuera llegado el turno de pasar el río.

Las vacas seguían pastando. Algunas, desde la verde ribera, miraban tranquilamente con sus grandes ojos a la corriente, en la misma hierática actitud con que las vacas de Egipto veían pasar, hace cincuenta siglos, las sagradas aguas del Nilo.

F. GIL MARISCAL.

De «El Pueblo» (Granada.)



ESCOPETAS de las mejores marcas, a precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN.—Fuencarral, 45.



Para el Sr. Ministro de Gracia y Justicia

MEDALLÓN DE MUESTRA

Anverso

El guarda jurado. Eutasio Aranda sorprende en el quinto, de Valtravieso, término municipal de Alcolea de Calatrava, a un cazador que se dedicaba a cazar con reclamo en tiempo de veda y sin el permiso del dueño de la mencionada finca, que por reunir las condiciones legales constituye un requisito indispensable para ello. El mencionado cazador carece de licencia de armas de caza y para cazar, y de licencia de reclamo. El guarda le pide le entregue la escopeta y reclamo, y a ello se niega violentamente. Cumpliendo con

su deber, el guarda le pone la correspondiente denuncia ante el Juez municipal de Alcolea y en el oficio donde ya se consigna, se hace constar que el denunciado se ha negado a entregar el arma y el reclamo, en tales términos que solo violentamente se le hubiera podido privar de ella, para lo cual el guarda no se creyó autorizado. Esta afirmación la sostiene el tantas veces mencionado guarda ante el Tribunal municipal de Alcolea en el acto del juicio, y de la sentencia que con tal motivo se dicta, por creerla perjudicial a sus intereses, apela ante el Juez de Instruc-

ción de Piedrabuena, quien en su día al dictar sentencia ordena en un considerado y en la parte dispositiva de ella se le forme expediente al guarda porque por debilidad o ignorancia no recogió el arma ni dió muerte al reclamo que se hallaban en poder del cazador furtivo en el acto de ser sorprendido, cometiendo la infracción legal objeto de la denuncia.

Reverso

El guarda Eutasio Aranda, presenta en diez y ocho de Abril último, un escrito al Juzgado de Piedrabuena, en que prueba que su subordinado el Juez municipal de Alcolea no cumple las sentencias recaídas hace más de dos

años, no celebra los juicios de las denuncias presentadas que ya han prescrito y estamos a últimos de Agosto, han pasado cuatro meses y nada se ha hecho.

Perfil

El cazador sorprendido cazando positivamente conserva en su poder la escopeta y el reclamo que todavía no se le han recogido a pesar de ordenarlo la ley.

De todo esto estoy seguro, de lo que no estoy seguro es de si éste mi escrito será atendido y no será como un clamor en el desierto.

A. HIDALGO.

Alcolea, 29-81-917.



POR SI TE CONVIENE, LECZOR



Ya de regreso de un trasnoche de caza, por el camino me contó mi camarada la forma de cazar los conejos en los Camarines.—Allí me decía—exite un vedado de caza que se llama Cerro-Pelado y abundan tanto esos animalitos que se pueden matar a palos; su dueño el tío Miseria como le llaman por allí, su mayor distracción es ver a los conejos correr y formar esas danzas que ellos hacen, cuando se suponen que nadie los ve.

Un año le dió al tío Miseria por sembrar unas fanegas de tierra de garbanzos, y aunque procuró retirar la siembra del foco donde moran los conejos, no le valió. Cuando estos estuvieron en flor, les dió a los animalitos en en el olfato y en pocos días se comieron hasta los tayos, el guarda al ver el estrozo, le avisó a su amo y este vino a la dehesa echando juramentos por la boca, y pensó el medio de castigar a los animalillos, el cual puso en práctica enseguida: llamó a un mozo, le hizo cojer medio saco de paja de garbanzos del amiar y en su compañía, le dijo que fuera poniendo un puñado de esta, en la mayoría de los encierros.

Al otro día no se vieron ni señales de la paja, (sabido es que la paja esta, es uno de los piensos favoritos de los conejos.) ¡Esto marcha!—se dijo el tío Miseria—ya tengo resuelto lo que pensaba; vosotros os comisteis los garbanzos, pero caro os van a costar, por lo pronto, me vais ahorrar los dineros de mantener los hurones y la pólvora.

¿Muchachos?—dijo—una mañana muy temprano a todo el personal, hoy no vais ninguno a vuestro trabajo, os necesito, mirar, cojer una bolsillada de garbanzos secos y vámonos. Todos obedecieron y se cambiaron miradas de sorpresa. Cuando estuvieron en lo alto del Cerro-Palado, fué el tío Miseria dándoles órdenes a los criados de los sitios que habian de ocupar y eran éstos en los que el había echado anteriormente la paja.

—Bueno, ¿y que hemos de hacer allí?—Preguntó uno.

—Es verdad, con la gloria, he perdido la memoria.

Vosotros os sentais lo más próximo posible de la madriguera, procurando hacer todo

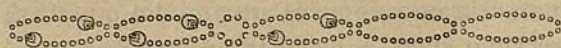
el ruido menos posible y dejais unos pocos garbanzos en el suelo, enseguida salen los conejos a la olor con ansias por comérselos, como los garbanzos son duros, al tiempo de triturarlos cierran los ojos, vosotros aprovechais el momento ese que no ven, y los cojeis.

—Muy bien—dijeron todos rilléndose, no se le ocurriría menos a Don Quijote.

Y yo pongo lector en tu conocimiento el invento del tío Miseria, por si te conviene.

JOSE ESCRIBANO.

Interesa á los cazadores el anuncio **"MOSTELLA RAIMOST,"** que se inserta en la página 2.^a



El cuento del tío Maña

Aunque por muy antiguo es sobrado conocido, por si de él no tiene noticias alguno de mis lectores, y también por que para el «sucedido» que voy a referir viene como cartucho al cañón, allá el cuento.

En un pueblo de España, de cuyo nombre no puedo acordarme ni me importa un pito, vivía un leñador que con el producto de la venta de una carguita de leña diaria, y algunas bellotillas arrebañadas en ausencia de los guardas, sostenía a su familia. Le acompañaba al monte un chicuelo de ocho o diez años de edad, hijo suyo, al que el padre llevaba, mas que de ayuda para, decía él, que no perudiese el tiempo en la escuela.

Cierto día de elecciones, no pudo ir al campo porque precisaba dar su voto y el de dos parientes ya difuntos, al cacique con cuya influencia podía cortar leña y cojer bellotas donde le diera gana, exceptuando, por supuesto en las dehesas del tal cacique. Pero como si faltaba la carga de leña andaría en casa bastante mal la manducatoria, mandó al chico que con razón protestaba porque él solo no tenía fuerza bastante para cargar el borrico.

—Si no encuentras quien te ayude—le dijo el padre, llama al tío Maña que acude siempre que con necesidad se le llama.

Aquella noche se presentó el chico en casa con una magnífica carga de jaras.

—Bien, ¡hombre!—dijo el padre. ¿Quien te ha ayudado a cargar los haces?

—Nadie, yo solo.

—Cuenta, cuenta.

—Visto que no tenía fuerza para levantarlos, ni nadie pasaba por allí, grité muchas veces ¡tío Maña! ¡tío Maña! y nadie me respondía. Sin duda estaría ayudando a otro muchacho. Y como se iba haciendo tarde, se me ocurrió una idea. Arrastré los haces hasta el borde de un barranco, metí en el barranco al borrico, los enlacé con una soga, y dejándolos con maña, quedó hecha la carga con la mayor facilidad.

—Ya ves como el tío Maña acude siempre cuando con verdadera necesidad se pide su auxilio.

Hasta aquí el cuento. Ahora va el «sucedido.»

La Unión Española de Explosivos que durante veinte años nos ha estado proveyendo de toda clase de municiones muy excelentes, aunque algo caritas, en estos últimos meses, ha tenido a sus expendedorías a menos de media ración. En ellas faltaban muchas cosas, sobre todo cartuchos vacíos, pistones de recambio y para escopetas de sistema anti-

guo. Había cierta abundancia de cartuchos cargados con pólvoras de mediana calidad; pero como muchos cazadores, yo entre ellos, cargamos los cartuchos con nuestras propias manos, porque como decía Mr. Libinille, allá por el año 65 del siglo pasado, y como afirma nuestro inteligentísimo e ilustrado D. Eduardo de Lete «cada escopeta tiene su temperamento», no podemos admitir cartuchos cuya carga no podría avenirse al temperamento de nuestras armas.

Mas si la falta de cartuchos vacíos y la de pistones de recambio pudiera remediarse aunque deficientemente con los cargados, la de pistones para escopetas de pistón era irremediable. Sobre esta falta me cuentan cosas curiosas de diferentes puntos de esta provincia.

—Deme V. una caja de pistones.

—Los hay, pero si los quiere V. tiene que comprar un bote de pólvora de cinco pesetas

—¿Tiene V. pistones? preguntó en otra expendeduría.

—No, señor, Fulano de tal vino aquí hace poco y ha arramblado con todas las existencias.

—¡Mecachis!

—Vaya V. á verlo, que tal vez pueda repasarle algunos. Vive en la calle de tal número tantos.

Allá fué el buen hombre y después de muchos ruegos, y como un gran favor recibió una caja de pistones pagándole cinco veces su valor.

La falta de pistones ha ocasionado una huelga forzosa de cazadores de oficio, de matuteros y escopetas negras. ¡Lástima que haya acabado! y ha acabado por causa del tío Maña. ¡Oigan ustedes!

Un individuo de este pueblo salió a cazar llevando los cuatro últimos pistones que le quedaban de sus reservas.

Faltaban muchos días para terminar la veda, que aquí, cuando de veda se habla, la gente pregunta si esa cosa se come con cuchara. Halló intactas las bandadas de pollos de perdiz aunque pocos mayores que codornices, y en menos de un cuarto de hora disparó sus cuatro tiros, teniendo que regresar a su casa con gran desesperación porque le

saltaban debajo de las narices bandadas de perdigones, de siones y liebres y conejos. Pero lo que más le apuraba era el saber que el próximo domingo (y era viernes) varios señoritos tenían proyectada una cacería a aquel sitio.

Llegó al pueblo, recorrió las casas de los amigos, rogó y suplicó al de la expendeduría, y nada, no había un pistón ni para un remedio.

Acostóse y no pudo dormir, y ya de madrugada, exclamó dándose en la frente la consabida palmada.

—¡Recontra, ya lo encontré!

No dijo Eureka porque no sabía griego.

—Ahora recuerdo el cuento del tío Maña.

¡Tío Maña! ¡Tío Maña!

—Aquí estoy; se lo que de mí deseas. Tu niño tiene una escopetilla que el abuelo le compró en la feria. Coloca los fulminantes de ella sobre la chimenea de tu escopeta, y verás que bien da fuego.

—¿Y como los sugeto para que no se caigan?

—Muy sencillo, sujétalos con ojetes de los que sirven para pasar los cordones del calzado,

El sábado llenó el zurrón de caza y no le cupo toda la que mató, y cuando allí fueron los señoritos el domingo, solo pudieron ver una perdiz, y esta con una pata rota.

Y cuando los colegas del cazador se enteraron de la martingala y se aprovecharon de su invento, ya había él hecho su Agosto en el mes de Julio.

M. RODRIGUEZ.

Montijo, 8-17.



Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACION)

Las múltiples necesidades de la caza, los cambios de estación, el diverso tipo de cartuchos, pólvoras y municiones, imponen a la carga una tan complicada como confusa elección de elementos y modificaciones de cantidad, que no es asequible más que a corio número de aficionados y, aparte los cuidados y escrúpulo que toda esa tarea requiere, supone un dispendio de alguna importancia si se quiere tener un *stock* en relación con las necesidades apuntadas, sin contar con las precauciones que se requieren para lograr una buena conservación al par que la evitación de peligros siempre posibles.

A evitar todos estos cuidados han acudido todos los armeros inteligentes de los diversos países. Y en el nuestro se viene ocupando de ello con verdadero interés La Unión Española de Explosivos, que ha instalado un importante taller para la carga de cartuchos, escogiendo dos tipos de carga: reforzada y moderada, que permiten a los cazadores poder disponer de cartuchos con fuerza homogénea en todas las estaciones y climas, habiendo encargado esta delicada labor a obreros especializados en cada una de las diversas manipulaciones que más arriba se señalaron, con la ventaja (he de decirlo, a pesar del monopolio) de que los precios reducidos al límite máximo y dado el empleo en cada caso de materiales de elección, son ciertamente económicos, pudiendo ser adquiridos en paquetes de diez, desde 0,80 a 2 pesetas, a igual precio que si se compraran por cientos.

Tales razones y facilidades me hacen deducir una lógica consideración que no ha pasado inadvertida a muchos cazadores, y es, que hay economía de tiempo, cuidados y dinero adquiriendo los cartuchos cargados.

Yo he descargado muchos de estos cartuchos antes de hacer esta afirmación, y he de decirlo sin reparos, según práctica en mi habitual: la Sociedad Arrendataria, sin preju-

gar el aspecto económico de la cuestión, cosa que no entra en mi propósito, supone bajo este respecto un progreso, una educación, puesto que en nuestro país, en el que pudo cuajar el despropósito de "pólvora poca y perdigones hasta la boca", de cien cazadores sólo dos (?) saben cargar sus cartuchos con conocimiento de lo que hacen.

¡Y pido perdón por tamaña sinceridad!

FUEGO LARGO.—Algunos cazadores, deseando reducir sus gastos de municionamiento, emplean con las pólvoras negras, cuyo detonador tiene una dosis de fulminato escasa en cantidad y calidad para que la llama que se produzca y el calor necesario a la inflamación sean de intensidad suficiente a quemar rápidamente la carga de pólvora sin humo, de lento arder, como es sabido, produciéndose con tal motivo, lo que se llama *fuego largo* y que en otros términos he denominado siempre con el calificativo de disparo de dos *tiempos*, a veces imperceptibles para oídos ineducados, y que de modo lamentable perjudica a la velocidad inicial y, por tanto, al alcance eficaz y la penetración.

Esto depende sencillamente de que debiendo transcurrir sólo 0'0075 a 0'0065 de tiempo entre el momento de oprimir el disparador de una escopeta calibre 12 y el de la salida de la pólvora o sus gases por la boca del cañón, ese tiempo es retardado hasta 0'08 y 0'06.

Para corregir este grave defecto han recurrido a un expediente lastimoso, el de colocar sobre el detonador interiormente una pequeña cantidad de pólvora negra o viva para compensar (?) la pobreza del fulminato.

Para proscribir mezclas de tal naturaleza mencionaré, como de mayor peso, el resultado de las experiencias hechas en el *Stand* de la «Escuela práctica de estudios profesionales» de Saint Etienne, en la que se realizaron diversos ensayos comparativos adicionando

desde 0'10 centigramos a 1 gramo de pólvora negra a cartuchos de diversas calidades, acusando el registro de velocidades y presiones que no se logra ventaja alguna en los cartuchos de pistón no reforzado, pues si bien la velocidad inicial es ligeramente aumentada, en cambio las presiones llegan a aumentarse un 60 por 100, con serio peligro de destrucción del arma, seguramente barata, al someter su municionamiento a las señaladas economías.

FONDO CÓNICO.—Al hablar de las pólvoras, me he referido a los cartuchos de fondo cónico utilizados especialmente por la Sociedad Arrendataria para su pólvora sin humo "Victoria", y creo oportuno señalar alguna de sus ventajas,

El antiguo cartucho de fondo cilíndrico se presta a que las pólvoras sin humo puedan ser comprimidas, bien por el taco, bien por el rebordeo demasiado enérgico, con lo que las presiones se harían peligrosas sin contar la molestia del mayor retroceso.

El cartucho de fondo cónico evita este inconveniente aminorando las presiones y el retroceso, si bien tiene el inconveniente de que ocupa mucho espacio y no permite el uso de tacos de espesor conveniente en los cartuchos de 65 milímetros, lo que no ocurre en los de 70 y 75, cuyo empleo debe ser recomendado en los cañones cuyas recámaras estén dispuestas para estas longitudes, tenido en cuenta que en los de fondo cilíndrico, la inflamación se realiza de modo irregular y las presiones sobre la cureña son muy fuertes.

De los estudios y experiencias llevadas a cabo por el Conde de Perpignan y por Mr. Beauplis, Director de la Escuela Práctica industrial de Saint-Etienne; se deduce:

1.º Que para lograr con un cartucho de fondo cónico la misma velocidad normal de 255 a 260 metros, es preciso por lo menos un aumento de carga de 0'30 gramos, o sea 2'70 gramos en lugar de 2'40 gramos en el calibre 12 y que aun con tal aumento la presión es menor en 60 a 80 kilógramos.

2.º Que con el empleo de los cartuchos cónicos, el cazador imprudente que empleara una carga anormal de pólvora piróxilada o la

comprimiera demasiado, estaría al abrigo de los accidentes y peligros que pudieran sobrevenirle en las mismas condiciones con un cartucho de fondo cilíndrico.

El promedio deducido de dichas experiencias es este que sigue:

Cartucho cilíndrico:

Pólvora 2'40 gramos... Perdigón 36 gramos.
Velocidad 255'5 metros Presión 366'20 kilos.

Cartucho fondo cónico:

Pólvora 2'70 gramos... Perdigón 36 gramos.
Velocidad 255'5 metros Presión 283 kilos.

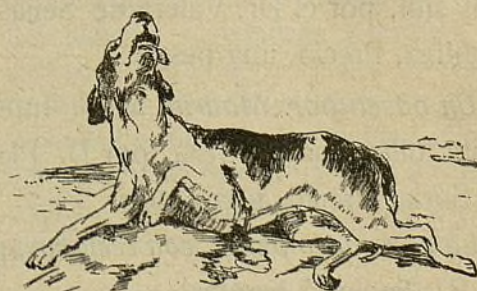
PROYECTILES.—Los proyectiles empleados en la caza, llamados perdigones, son de tres calidades: blandos, endurecidos y niquelados, y su numeración se eleva a medida que disminuye su diámetro.

Se fabrican haciendo que el plomo en fusión caiga desde bastante altura pasando en su trayecto por una corriente de aire frío.

La disminución creciente de la caza y su mayor desconfianza de la vecindad del hombre, avivada por la lucha de horas sin término, ha hecho necesario el empleo de fuertes cargas de pólvoras más potentes, y como consecuencia de ello, las enormes presiones producidas en el ánima de los modernos cañones señalan a su vez la necesidad del perdigón endurecido que es preferible al braldo porque, menos deformable, ofrece a la resistencia del aire menos superficies de rozamiento y, por tanto, su disposición es menor, siendo mayor su penetración.

EDUARDO DE LETE.

(Se concluirá.)



SECCION BIBLOTECA

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. Precio, 60 céntimos.

Notas de caza, por D. Francisco Brú, Precio, 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por D. Agustín Álvarez Navarro, 4.^a edición reformada. Precio, 1,50.

Maaunl del Cazador de Perdices con los reclamos, por D. Jacobo G. de Escalante. Precio, 2 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

El Cazador práctico, por D. Antonio Briones Parra. Precio, 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por D. Diego Muñoz Cobo. Precio, una peseta.

Armas y defensas. Notabilísima obra, por D. A. Vázquez de Aldana y D. E. de Lete. Precio, 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena Interesante colección de postales á todo color, por D. Joaquín Fernández Trujillo. Precio, 5 pesetas.

Cirujia popular de urgencia. Obra muy útil, por el Dr. Valera de Seijas y Ramírez, Precio, una peseta.

Un paseo por Madrid viejo. Interesante folleto madrileñista, por D. Plácido Soria. Precio, una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. B. Precio, 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por el Sr. Pardo y Puzo. Precio, 5 pesetas.

Cuentos de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

Episodios de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por D. Diego Pequeño. Precio, 4,50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el señor Duque de Medinaceli. Precio, 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial, por el Ministerio de Fomento, Precio, 50 céntimos.

Estudio critico de caza, por el señor Liñán y Tavira. Precio, 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por el Sr. Llagaria. Precio, 5 pesetas.

El campo y la caza, por el Sr. Moreno y Castelló. Precio, 3 pesetas.

Prácticas cinegéticas, por el Sr. Morales de Peralta. Precio, 3 pesetas.

NOTA. Nuestros lectores de provincias enviarán para franqueo y certificado 40 céntimos, además del precio indicado en cada obra.



Imprenta y papelería.—Basilio Sierra, Atoche, 36.